

# **ESTADOS UNIDOS, EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO**

POR ELVIRA SÁNCHEZ MATEOS

## **INTRODUCCIÓN**

Las visiones de la Unión Europea y de Estados Unidos hacia el Mediterráneo son manifiestamente distintas, tanto por lo que se refiere a la concepción del área o espacio (su existencia y sus límites), como a los intereses, objetivos y políticas perseguidas por ambos actores. Esquemáticamente, se puede afirmar que la Unión Europea tiene una visión y objetivos para el Mediterráneo que tienden a ser globales (y algo difusos, seguramente debido a las diferentes visiones y prioridades de los países que conforman la Unión) e integran aspectos económicos, sociales y políticos y de seguridad. A diferencia de lo anterior, Estados Unidos, como gran potencia tiene una visión también global, pero esa globalidad se refiere más a sus objetivos de política exterior y no al tratamiento integral de las especificidades y problemáticas de esta región. De hecho, los objetivos y políticas estadounidenses están mucho más orientados a algunos temas económicos, políticos y de seguridad particulares relacionados con esta área.

Además de los diferentes vínculos históricos con la región, se pueden mencionar otros dos factores explicativos clave de estas diferencias. El primero es una vecindad que bien pudiera calificarse de negativa. Para Europa, especialmente la Europa del Sur, la proximidad geográfica convierte a los países del Mediterráneo en un “extranjero cercano” que puede influenciar negativamente el éxito de su propio proyecto y su futuro. Por su parte, los países mediterráneos no miembros de la Unión Europea, especialmente los del Norte de África, entienden que su futuro económico y político está vinculado a lo europeo. Esa incontestable interdependencia mutua exige que la Unión Europea se aproxime a la zona con una cierta actitud cooperativa, pues se entiende que lo que ocurre en el Mediterráneo no puede ser ignorado por Europa.

El segundo factor explicativo es la existencia o carencia de una política exterior. Además de recibir escasas influencias del Mediterráneo, Estados Unidos ha entendido (o mal entendido) las diferentes subregiones en el contexto de una aproximación estratégica —un diseño e intereses globales— de la que carece la Unión Europea. Esa visión de juego global permite a Estados Unidos sostener políticas específicas para algunas áreas y, sin embargo, no disponer de una visión de conjunto del espacio mediterráneo. El mismo argumento hace que Europa pueda tener una visión global hacia la zona pero carezca de un diseño coherente cuando se trata de ubicar la región en un contexto internacional más amplio o cuando se deben identificar prioridades de actuación.

La existencia o no de proximidad y de política exterior global son seguramente claves para entender las diferencias entre la Unión Europea y Estados Unidos, diferencias que se evidencian no solamente en el conjunto de asuntos que se identifican como de interés para estos dos actores, sino, también, en el cómo abordar los asuntos de la región.

Este trabajo se centra en la política de Estados Unidos hacia el Mediterráneo: su objetivo es analizar los factores explicativos de la política estadounidense y su evolución en los últimos años, así como apuntar los factores clave que diferencian esa política de la de la Unión Europea. Finalmente, se identifican algunos factores que pueden conducir a posibles sinergias entre ambos actores, ya que debido a la renovada implicación de Estados Unidos en los asuntos relacionados con los países del área mediterránea, es prácticamente imposible que la Unión Europea tenga éxito en sus políticas hacia la región a menos que concierte con Estados Unidos unos objetivos claros y unas políticas más y mejor cohesionadas.

## **EVOLUCIÓN DE LA VISIÓN ESTADOUNIDENSE HACIA EL MEDITERRÁNEO: INTERESES Y POLÍTICAS**

El Mediterráneo como espacio geopolítico no existe en la concepción global de Estados Unidos. Esta es una afirmación válida tanto para el período de la Guerra Fría como para la actualidad de la posguerra fría. En el mejor de los casos, el Mediterráneo es un espacio físico que conecta con otros espacios más amplios y más interesantes para la política exterior y de seguridad estadounidenses.

En los últimos sesenta años, el interés estadounidense se ha centrado en el dominio militar del espacio marítimo como vehículo para proyectar poder político y militar en otras zonas. De hecho, desde 1945, cuando se inicia la hegemonía militar estadounidense y su política exterior mundial, el Mediterráneo ha sido considerado como un lago que conecta el Atlántico con Oriente Medio y con el océano Índico. En el contexto de la Guerra Fría, el Mediterráneo señalaba, además, una de las líneas de contención de la Unión Soviética. Ello era válido tanto en lo que respecta a la política estadounidense y su proyección como país, cuanto en lo referente a las organizaciones político-militares que hegemonizaba, la OTAN en particular, que nunca llegó a diseñar una planificación para el flanco sur de la alianza.

Lo anterior no significa, como ya se ha apuntado, que Estados Unidos no tenga interés en el Mediterráneo, ya que domina militarmente el espacio marítimo desde 1945. De lo que carece es de una política de conjunto para el espacio político-económico del Mediterráneo, si bien sí dispone de una política para determinadas zonas vinculadas al Mediterráneo. Desde antes de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos empieza a desarrollar vínculos económicos con algunos países (especialmente Arabia Saudita, mediante la creación de la empresa saudita-estadounidense de petróleo ARAMCO en 1947) motivados por el interés en el petróleo de Oriente Medio, entendido desde el prisma del control al acceso, comercialización y precio de un recurso estratégico para la economía internacional (1). De hecho, Estados Unidos maniobró en los años cuarenta para realizar acuerdos a fin de desplazar la supremacía en la región de las compañías petrolíferas británicas.

A este interés económico se suma a partir de 1945 la política de contención de la Unión Soviética en lo que Estados Unidos denominaría posteriormente Asia Sudoccidental (un territorio que engloba desde Turquía hasta Pakistán, integrando a buena parte del Asia central) y que, en la actualidad, se asemeja a la noción de “Gran Oriente Medio”. La primera formulación de la política de contención es, sin lugar a dudas, la de la Doctrina Truman de 1947. Pensada para un grupo de tres países —Turquía, Grecia e Irán— esta formulación se centraba en el interés en disponer de regímenes aliados de Estados Unidos que sirvieran al propósito de contención global de la Unión Soviética, combinándolo con la construcción de un entramado de

---

(1) Para estos temas véase “*Multinational Oil Corporations and U.S. Foreign Policy. Report to the Committee on Foreign Relations*”, U.S. Senate. Government Printing Office (GPO), 1975, Washington, D.C., especialmente los capítulos 1 y 2.

alianzas militares bilaterales para permitir un eventual despliegue de fuerzas y acceso a instalaciones militares. Cabe señalar que ya entonces Estados Unidos pareció dispuesto a preservar un orden regional conservador para utilizarlo como línea de contención en las primeras etapas de la Guerra Fría (2).

A los dos intereses mencionados se sumó rápidamente el compromiso en la seguridad de los países árabes moderados de la región y de Israel en 1950 por vía de la Declaración Tripartita con Reino Unido y Francia, en la que los tres países se comprometían a mantener las capacidades militares de Israel y de los países árabes en unos niveles razonables, promover la paz y la estabilidad en la región, y prevenir la alteración de fronteras (3).

El interés económico-político-militar —el petróleo y la contención de la Unión Soviética— y la influencia sobre los objetivos de política exterior que ejercería la doble relación con Israel y con regímenes árabes conservadores darán lugar a doctrinas político-militares en los años posteriores a la guerra mundial que se han ido modificando sucesivamente por la evolución regional e internacional. De hecho, la insuficiencia de esta aproximación parcial para garantizar unos intereses estadounidenses mundiales generó una segunda formulación estratégica que se desarrolla en los años inmediatamente posteriores al inicio de la guerra fría, durante la década de los cincuenta, y es conocida como la Doctrina Eisenhower (4). Esencialmente, esta doctrina aún no consideraba Oriente Medio como zona de interés vital, pero ponía el énfasis en la necesidad de fraguar un entramado de alianzas locales entre Estados Unidos y el mundo árabe que sirviera a los propósitos de contención global e impidiera la aparición de posibles clientes de la Unión Soviética. Las líneas de concreción política de dicha doctrina no se concluyeron eficazmente, ya que Estados Unidos no pudo impedir, salvo para el caso de Líbano y Jordania, la oleada revolucionaria que recorrió los países de Oriente Medio y que ocasionó la emergencia de regímenes hostiles hacia Estados Unidos en Iraq y Siria, que se sumarían al Egipto de Nasser. Asimismo, la línea de contención militar no pudo materializarse en Oriente Medio, ya que la Organización del Tratado Central (el conocido como Pacto de Bagdad) no se desarrolló debido a

---

(2) Véase MILTON LEITENBERG, GABRIEL SHEFFER (Ed.s) (1979) *“Great power intervention in the Middle East”*. New York, Pergamon Press, pp. 21-22.

(3) El texto de la mencionada Declaración aparece reproducido en J. K. HUREWITZ (Ed.) (1956) *“Diplomacy in the Near and the Middle East”*. Princeton, Van Nostrand, Vol. 2, pp. 308-309.

(4) La Doctrina Eisenhower fue esbozada el 5 de enero de 1957 en una petición realizada por el presidente al Congreso de medidas legislativas para proporcionar ayuda militar y económica a cualquier país de Oriente Medio y aprobar el envío de tropas para proteger a los países del área contra la agresión armada comunista. Para éste tema, véase LEWIS GADDIS, JOHN (1982) *“Strategies of containment. A critical appraisal of post-war American National Security Policy”*. New York, Oxford University Press, Capítulo 6.

la negativa de varios países a colaborar en el mismo. Paralelamente, la relación con Israel se consolidó durante la administración Johnson en 1967, durante la Guerra de los Seis Días, cuando Estados Unidos se decantó a favor de Israel, rompiendo el compromiso adquirido en la Declaración Tripartita de 1950 sobre la no-alteración de fronteras en Oriente Medio. Así, Estados Unidos se convirtió en el gran aliado estratégico del estado hebreo y, por ende, en un actor interesado y partidista en el conflicto árabe-palestino-israelí que se había iniciado en 1948.

La retórica radical de algunos regímenes de la región y el embrollo del conflicto árabe-palestino-israelí provocó que Estados Unidos pusiera en marcha una revisión de su doctrina para Oriente Medio, cuya importancia empezó a ser considerada como vital. Cuando accede al poder la Administración Nixon se reformula la política estadounidense hacia Oriente Medio, al tiempo que cobra mayor importancia la alianza político-militar preferente con Israel, que, además, determinará e influenciará en las décadas posteriores la visión estratégica de la región. En efecto, en 1969 Richard Nixon formuló su conocida política de los dos pilares “*twin pillar policy*” para Oriente Medio. Ideada, como las anteriores, para el propósito de contener a la Unión Soviética, garantizar un acceso al petróleo de Oriente Medio en condiciones ventajosas para Estados Unidos y prevenir la emergencia de regímenes no amigos de Estados Unidos, la política de los dos pilares identificó dos países en la región —Irán y Arabia Saudita— que podrían, junto con Israel (y en el futuro las relaciones con Egipto), constituir las bases de una composición estratégica que controlara los asuntos regionales.

Sin embargo, los acontecimientos de los años siguientes frustraron la política estadounidense antes de haberse consolidado. El papel de Egipto como líder árabe quedó muy debilitado tras la firma del Tratado de Paz con Israel, lo cual venía a agravar la situación de la región a ojos de Estados Unidos. Oriente Medio era un área atomizada, un conjunto de países enfrentados a graves problemas internos, a Israel, y en lucha por la hegemonía regional. Todo ello se desarrollaba en un contexto más amplio de renovada guerra fría tras las aventuras expansionistas soviéticas en África y, posteriormente, en Afganistán, percibidas por Estados Unidos como una muestra de su propia vulnerabilidad como superpotencia, como bien quedó ilustrado en las visiones del arco de crisis (Brzezinski) y la ventana de vulnerabilidad “*Committee on the Present Danger*”. En 1977, el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos aprobó la Decisión Presidencial nº 18, recomendando una estrategia que incluyera el

empleo de fuerzas en situaciones no-OTAN, especialmente en Oriente Medio y el Golfo Pérsico, que pudieran operar independientemente del apoyo aliado (5).

La revolución en Irán convulsionó Oriente Medio y dislocó los planes estadounidenses para la región. Estados Unidos perdía uno de sus aliados más sólidos, segundo productor mundial de petróleo, y el país caía en manos de una elite que conformó un régimen teocrático ungido de radicalismo islámico. Este hecho venía a debilitar la posición estadounidense en Oriente Medio al tiempo que se acrecentaba su interés estratégico en la región, ya que a los intereses mencionados —acceso al petróleo barato, contención de la Unión Soviética, prevenir la emergencia de regímenes hostiles proclives a aliarse con los soviéticos— venía a sumarse la preocupación por la consolidación y eventual expansión del radicalismo islámico.

La reflexión que esta situación generó en el seno de la administración estadounidense da lugar a una serie de decisiones que están en el origen de la actual presencia militar estadounidense en la zona. En primer lugar, Estados Unidos decidió modificar y ampliar su objetivo de contención en la zona de Oriente Medio. A la preocupación por la Unión Soviética (la región era útil como instrumento de contención indirecta) se sumará ahora el interés en impedir la expansión del radicalismo islámico (la región deviene el objeto directo de la contención), y por lo tanto Irán pasa a ser de aliado a enemigo. Así, en un contexto de cambio, en enero de 1980, poco después de la revolución en Irán y de la intervención militar soviética en Afganistán, el presidente estadounidense Jimmy Carter anunció el compromiso de utilizar la fuerza para proteger los intereses vitales (petróleo, esencialmente) en Oriente Medio.

En segundo lugar, Estados Unidos se lanza a la búsqueda de aliados locales que colaboren directa o indirectamente en ese objetivo, lo cual le llevará a intensificar las relaciones con Arabia Saudita, convirtiendo esta relación en una alianza político-militar (que conducirá, además de otras razones, a una creciente militarización de Oriente Medio y a un endeudamiento de muchos países del Golfo, que destinarán buena parte de su renta proveniente de la venta del petróleo al gasto militar y a la construcción de grandes arsenales). Además de su peculiar relación con Israel, Estados Unidos identificará en Iraq un posible aliado que sirva a los objetivos ya mencionados, lo que da lugar a una relación militar y estratégica ya en los primeros años de la Guerra Irán-Iraq.

---

(5) El artífice de este documento fue SAMUEL HUNTINGTON. Para estos temas, véase ZBIGNIEW BRZEZINSKI, *“Power and Principle. Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981”*. Farrar-Strauss-Giroux, 1983,

En tercer lugar, Estados Unidos decide implicarse militarmente en los asuntos regionales con vistas a una posible gendarmización de la región en caso de fallida del dominio indirecto de la zona. Así, Estados Unidos se embarca en una serie de acuerdos con los países del Golfo para conseguir facilidades aeroportuarias que posibiliten proyectar fuerza militar en la región. Como corolario, Estados Unidos revisa su planeamiento estratégico y sus mandos. A inicios de los años ochenta se crea, primero, una Fuerza de Intervención Rápida (la “*Rapid Deployment Force*”); poco después se crea el Mando Central, CENTCOM, como mando militar pensado para intervenir militarmente en una zona amplia (la mencionada de Asia Sudoccidental), que incluye Oriente Medio y excluye algunos países con litoral mediterráneo (Israel, Siria, Líbano y Turquía), todos ellos integrados en el Mando Europeo (6).

La evolución del interés estadounidense fue marginando uno de los factores más importantes: la contención de la Unión Soviética. Como los acontecimientos de los años ochenta vinieron a demostrar, se puede afirmar que en Oriente Medio la guerra fría acabó casi diez años antes que en Europa, pues la intervención militar estadounidense en el área de Oriente Medio durante esa década (la guerra de Líbano, en el contexto del conflicto árabe-palestino-israelí, y la guerra Irán-Iraq) no generó tensiones adicionales entre las grandes superpotencias, como sí había pasado en décadas precedentes.

Los preparativos para proyectar fuerza en la zona fueron comprobados en la práctica al final de la guerra Irán-Iraq mediante la implicación estadounidense en las fases finales de la guerra, de la que emergió como resultado un Iraq potencialmente amenazador que, paradójicamente, se convertiría rápidamente en objeto de la política de contención. De esta forma, durante el segundo mandato de Ronald Reagan y el de George Bush (padre), la política de doble contención de Iraq e Irán fue acompañada de una “arquitectura de seguridad” con un componente militar central (7), y que incluía el despliegue avanzado de fuerzas en la zona del Golfo Pérsico, acceso a instalaciones militares en países amigos, almacenamiento de material y equipamiento, la venta de equipamiento de defensa para aumentar las capacidades defensivas de los aliados de Estados Unidos y la realización de ejercicios y de entrenamiento de fuerzas militares.

---

New York.

- (6) Para el área geográfica cubierta por el CENTOM y por el Mando Europeo, véanse los mapas de los anexos.  
(7) Véase JAMES A. RUSSELL, “*Searching for a post-Saddam regional security architecture*”, Middle East Review of International Affairs (MERIA) Journal, Vol. 7, n. 1, marzo 2003.

Los cambios mundiales —el fin de la guerra fría— y el desorden regional —en ausencia de polos de potencia significativos— reforzaron la política estadounidense de gendarmización militar directa del área de Oriente Medio. En efecto, la presencia militar permanente de Estados Unidos en el Golfo Pérsico culminó el proceso de cubrimiento del vacío creado por la retirada británica del Golfo en los años setenta, e inauguró una etapa considerada por algunos autores como de “*pax americana*” (8). Este proceso se desarrolla en los años noventa con ocasión de la guerra del Golfo de 1991 y de su posguerra. Paralelamente, sin embargo, Estados Unidos realizó un compromiso político sólido con el éxito del proceso de paz árabe-palestino-israelí, compromiso que enfrió los componentes no militares de la relación estratégica con el Golfo Pérsico.

## **LA APROXIMACIÓN EUROPEA HACIA EL MEDITERRÁNEO**

La existencia del Mediterráneo como región geopolíticamente importante para Europa tiene unos orígenes remotos. Al menos desde el siglo XIX, y muy significativamente en las primeras décadas del siglo XX, el Mediterráneo tuvo un valor muy alto para algunas potencias europeas, ya que conectaba los océanos Atlántico e Índico y abría las rutas hacia el continente asiático, a través de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos en Turquía y el Canal de Suez en Egipto. La presencia europea, limitada en esencia a dos países —Francia y el Reino Unido—, era fundamentalmente militar, para controlar las rutas de navegación y el acceso a los recursos de la zona, mediante el despliegue de efectivos militares en algunos países de Oriente Medio y en el Magreb. Ambas potencias controlaban, además, política y económicamente, por vía de mandato o colonización directa, amplias zonas del sur y del este (el Magreb, Egipto y los territorios del antiguo imperio otomano en Asia) y las islas estratégicas (Chipre, Malta).

En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el Mediterráneo mutó su valor estratégico. Ya no era solamente un espacio que conectaba las metrópolis europeas con sus imperios coloniales y un centro importante para el comercio marítimo internacional. Fue considerado como una prolongación del espacio atlántico, siendo esa renovada importancia geopolítica un resultado directo de la confrontación global entre las superpotencias y de la división Este-Oeste en Europa. Esta situación ayuda a entender que el Mediterráneo se



convirtiera durante varias décadas en un dominio extra-europeo, especialmente desde la perspectiva político-militar.

Estos cambios fueron paralelos al repliegue europeo de la zona. Con posterioridad a la descolonización y subsiguiente deterioro de las relaciones entre los nuevos estados árabes y las antiguas metrópolis, los países europeos se alejaron (con distinta intensidad según los casos) en términos militares de la región mediterránea. Su seguridad, entendida en el contexto bipolar sólo desde una óptica militar, empezó a vincularse al despliegue militar estadounidense, auténtica potencia hegemónica en la zona y garante de su “controlabilidad” en términos de juego internacional. El Mediterráneo era un espacio clave en la confrontación bipolar y estaba dominado militarmente por una de las superpotencias.

Europa (la Europa Occidental de entonces) no se plantearía diseñar una estrategia para la región, considerada entonces como un “lago americano”. De hecho, tampoco existían políticas y estructuras de seguridad propiamente europeas, que permitieran reflexionar acerca de la importancia de la región mediterránea. Las Comunidades Europeas, nacidas en la década de los cincuenta, representaban un proceso de integración volcado hacia sí mismo —la propia construcción europea—, y hasta bastantes años más tarde no se plantearían una estrategia común en política exterior y seguridad. La Unión Europea Occidental, una iniciativa específicamente europea surgida a mediados de la misma década, nació como una organización amputada.

Tan solo quedaba la Alianza Atlántica, principal organización —transatlántica— que velaba por la seguridad europea, y más concretamente por zonas específicas de la seguridad militar en el Mediterráneo —en lo que se conocía como “flanco sur”—. Sin embargo, nunca llegó a desarrollar ni una planificación específica ni un diseño estratégico para el conjunto de la región, ni la entendió como una prolongación del continente. Los asuntos mediterráneos serían considerados como casos “fuera de área”, en razón del artículo V del Tratado de Washington. Así, la cuenca mediterránea se dividió en diferentes regiones y “subteatros”, no demasiado coherentes desde el punto de vista geoestratégico. El sur de la OTAN, muy lejano del núcleo central de la confrontación Este-Oeste, era un espacio diverso que incluía países como Portugal, España (a partir de los años ochenta), Francia, Italia, Grecia y Turquía. Todos ellos ubicados en diferentes subregiones y con preocupaciones de seguridad poco similares entre sí.

---

(8) Para este tema, véase FOUAD AJAMI, *“Dream Palace of the Arabs”*, New York, 1998, Vintage Books, pp. 178-192.

El Mediterráneo, no obstante, incrementó su importancia estratégica a partir de los años setenta. Este cambio está relacionado sólo de manera parcial con la confrontación entre las superpotencias. Una serie de acontecimientos no vinculados directamente con la lógica bipolar generaron un renovado interés europeo por los asuntos mediterráneos. Por una parte, el diseño geopolítico realizado por las potencias europeas se había desdibujado. La inestabilidad política de los nuevos estados que habían estado dominados en la época colonial por las potencias europeas (Libia, Egipto, Argelia, Siria, Iraq) había dado origen a unos regímenes caracterizados por un marcado sentimiento antioccidental que amenazaba con lesionar los vínculos económicos y políticos que se mantenían con algunos países europeos. Por otra parte, dos factores relacionados entre sí provocaron una profunda reflexión en Europa, especialmente a partir de 1967, cuando se origina en la guerra de los seis días el problema de los territorios árabes ocupados. En primer lugar, los efectos del conflicto palestino árabe-israelí y sus implicaciones regionales e internacionales; el malestar árabe, compartido en muchas capitales europeas, podía tener un efecto negativo en Europa y reducir la incipiente voz europea en los asuntos internacionales si no se lograba desmarcar las actitudes europeas de las de Estados Unidos, país que personificaba el poder occidental y era el gran avalador de Israel. Segundo, la toma de conciencia (y utilización) por parte de los países árabes de la posesión de un arma económica de indudable valor político (el petróleo), que podía herir profundamente a las economías dependientes de fuentes de energía; se constató, así, que los países que antaño habían estado hegemonizados por las potencias europeas disponían ahora de un cierto margen de autonomía en los asuntos internacionales y podían poner en marcha políticas que lesionaran los intereses europeos en la zona, especialmente el acceso barato al petróleo de la región, a condición de que esos nuevos países pudieran mantener posiciones comunes ante la comunidad internacional.

En una primera fase, la reflexión y el renovado interés europeo no se tradujeron en una política global y coherente; el Mediterráneo seguía siendo entendido como una conexión entre Europa y Oriente Medio —el Mar Rojo y el Golfo Pérsico—, pero ahora ya no se percibían los problemas de la región como meros productos de la confrontación Este-Oeste. Desde una perspectiva de ejercicio de “poder suave” y en ausencia (por falta de voluntad y de medios) de opciones militares, durante algunos años, el debate europeo se centró en qué tipo de medidas económicas y políticas debía aplicar Europa para asegurar sus intereses en el espacio mediterráneo, prolongándolo hacia Oriente Medio. Surgieron iniciativas que, con desigual éxito,

se proponían marcar distancias con las políticas estadounidenses: el diálogo euro-árabe y la sensibilidad mostrada hacia los derechos del pueblo palestino son ejemplos ilustrativos.

Los temas de seguridad más ásperos (los militares) no fueron abordados por las organizaciones europeas. Pero a medida que se profundizaba en el proceso de integración europea, se empezaban a abordar los temas relacionados con la política exterior y de seguridad común y se redimensionaba el papel de la Unión Europea Occidental, en la segunda mitad de los años ochenta el debate sobre el Mediterráneo evolucionó. Ello no significó una política de seguridad para la región, que seguía estando dividida, a efectos europeos, en diferentes “teatros”. Lo que se produjo, de manera paralela a la creación de mecanismos de Cooperación Política Europea que daría lugar posteriormente a la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), fue una especie de revinculación estratégica, por vía de participación militar, en aquellos asuntos de interés para Europa. De esta forma, surgió la necesidad de colaborar, desde una perspectiva nacional, con los Estados Unidos en lo que respecta a la implicación militar en crisis de Oriente Medio que afectaran a los intereses y la seguridad europeas. Toda vez que Europa era ya un gigante económico, también había de ser un gigante político, y alcanzar tal estatus implicaba ineludiblemente, a ojos europeos, proyectar poder militar, de manera selectiva, allende Europa, en situaciones específicas y a condición de que estuvieran respaldadas por las Naciones Unidas o fueran objeto de un amplio consenso europeo e internacional.

Este giro en la actitud europea hacia los asuntos mediterráneos tuvo efectos importantes: participación en la Fuerza Multinacional I y II durante la guerra civil libanesa, entre 1982 y 1984, limpiado de minas en el Mar Rojo y en el Golfo Pérsico en 1984 y tareas de escolta de buques petroleros entre 1986 y 1988, durante la guerra entre Irán e Iraq, y, finalmente, participación militar en la coalición internacional contra Iraq durante la guerra del Golfo, entre 1990 y 1991. De hecho, la participación europea en la guerra del Golfo coincidió en el tiempo con el final de la guerra fría. Ambos momentos pueden ser considerados puntos de inflexión en las relaciones entre Europa y el Mediterráneo. Si bien es evidente que el Mediterráneo adquiría cada vez mayor relevancia en términos de seguridad europea, los intereses europeos, las eventuales amenazas a los mismos y las políticas para garantizarlos merecen una explicación adicional. Como se verá más adelante, Europa se aproximará al Mediterráneo como un problema a afrontar, no como un espacio común compartido con otros países.

Se pueden distinguir cuatro grupos de intereses importantes para Europa. En primer lugar, hay un claro interés en el acceso a recursos energéticos y en la estabilidad política de los países productores de petróleo de Oriente Medio, como Arabia Saudita y los pequeños emiratos del Golfo, o de gas natural, como Argelia, pero también como Irán e Iraq, países que, por diferentes razones estratégicas y políticas, tenían regímenes cuyas políticas podían generar inseguridad para Europa.

En este sentido, puede afirmarse que el interés en la estabilidad política (interior y en su conducta externa) de los países productores de petróleo de Oriente Medio es traducido en términos de mantener un statu quo político favorable a Europa. En este contexto, los intereses europeos están claramente vinculados con los de Estados Unidos, y se hace difícil imaginar una alternativa política europea sin tomar en consideración las políticas de Estados Unidos y su hegemonía militar efectiva en la región mencionada, tal y como ha sido ampliamente demostrado en la última década.

En segundo lugar, Europa, especialmente Europa Occidental, había evidenciado desde finales de la década de los setenta su preocupación por el conflicto árabe-palestino-israelí y sus derivaciones regionales, cuando menos en tres aspectos: la necesidad de poner punto final al conflicto armado y hallar una solución global al problema palestino y al de los territorios árabes ocupados, solución que emanaría del principio “paz por territorios”; el riesgo de acceso al poder de movimientos islamistas radicales en algunos países de la región; y el problema de la proliferación de armamentos, especialmente de las armas de destrucción masiva y de tecnología balística, esto último en relación con el contexto más amplio de Oriente Medio. Pese al interés europeo en esos asuntos, la mayor capacidad negociadora estadounidense, como en todo lo referente a Oriente Medio, influyó negativamente en las iniciativas europeas. Igualmente, la carencia, por parte europea, de una política común y bien definida contribuyó a que muchos países árabes identificaran a Estados Unidos como su principal referencia.

Pasando de la esfera político-militar a la económico-social, en último lugar, existe un grupo de acontecimientos relacionados que aumentaron el interés europeo en el Mediterráneo, especialmente en los países del Magreb: son los problemas políticos y económicos de prácticamente la totalidad de los países norteafricanos que, junto al crecimiento demográfico, podían generar inestabilidad política interna y oleadas de refugiados político-económicos. Es más, el hecho de que la oposición política se expresara en ocasiones mediante un discurso de

islamismo radical, complicó adicionalmente la situación a ojos europeos, para los cuales estos factores, unidos a la existencia de tensiones internas e interestatales, bien pudieran aumentar el riesgo de lucha por la hegemonía en la zona o la inestabilidad política en el interior de los países.

Llegados a este punto, sería útil resumir cuáles son los intereses europeos en el Mediterráneo. Primero, interés en el petróleo de Oriente Medio y en el gas argelino, y, por tanto, en su conexión política y estratégica con el Mediterráneo; segundo, interés en promover el proceso de paz de Oriente Medio como medio de conseguir una solución estable a los conflictos interestatales; tercero, interés en la estabilidad política y social de los países del sur del Mediterráneo para asegurar buenas relaciones con Europa y evitar conflictos internos; cuarto, interés en impedir una mayor militarización del Mediterráneo, especialmente la proliferación de armas de destrucción masiva (nuclear, química o biológica).

En relación con el primer y segundo grupos de intereses —los recursos energéticos y el conflicto árabe-palestino-israelí—, las políticas desarrolladas por los países europeos han seguido las líneas siguientes: la apertura y mantenimiento desde 1973 de un diálogo con los países productores de petróleo (el diálogo euro-árabe) que produjo algunos resultados positivos; la necesidad de asegurar el suministro de petróleo condujo efectivamente a un compromiso respecto al conflicto, en el sentido de reconocer los derechos legítimos del pueblo palestino. Esta revinculación estratégica, tras el repliegue de los años cincuenta y sesenta, permitió a Europa tener una moderada influencia en el proceso de paz de Oriente Medio. Sin embargo, no debe olvidarse que esta política europea estuvo aparejada de otros dos acontecimientos: por una parte, condujo a la revinculación militar con Oriente Medio (a partir de los años ochenta) en un intento de asumir las responsabilidades derivadas de la defensa de sus propios intereses de seguridad y de diferenciar sus políticas y actitudes de las de Estados Unidos; por otra parte, la persecución de políticas nacionales realizada por los países europeos —especialmente Francia— en búsqueda de aliados propios en la zona condujo a una serie de acuerdos, muchos de ellos económicos, que acabarían indudablemente contribuyendo a la proliferación de tecnologías susceptibles de ser utilizadas en la fabricación de armas de destrucción masiva. No se puede obviar decir cuán paradójicos fueron los efectos de esa política vis a vis del tema de la no-proliferación.

Por lo que respecta al tercer interés —la estabilidad política de los países del sur del Mediterráneo tanto para asegurar unas buenas relaciones con Europa como para evitar los riesgos derivados de eventuales crisis internas—, se ha de distinguir entre medidas de tipo económico y medidas de tipo político.

En el campo económico, se ha seguido el modelo de “cooperación/ayuda económica” para contribuir a la estabilidad social y/o reducir los riesgos de migración desde los países del sur a las sociedades ricas e industrializadas del norte. Pero ni el entusiasmo europeo ha sido espectacular en lo referente al paquete de ayuda económica, ni se ha vinculado demasiado con el campo político, en el cual las políticas europeas han seguido una vía ambigua: por un lado se han promovido los valores políticos occidentales, como la democracia y el respeto por los derechos humanos; pero, por otro, se ha prestado apoyo político a las elites en el poder (que muchas veces son antidemocráticas y contrarias al cambio), en sintonía con la más tradicional política *pro statu quo*. El efecto de lo anterior es una colaboración indirecta en la resistencia al cambio, ya que las elites gobernantes han justificado el inmovilismo sobre la base del peligro de acceso al poder, en caso de introducir medidas liberalizadoras, de grupos políticos de oposición, y además, contrarios a los intereses europeos. Las actitudes europeas han sido con frecuencia reduccionistas respecto a la amplia variedad de grupos de oposición en estos países y reacias a los cambios que se promueven, debido a los riesgos de cambio de orientación que la liberalización podría generar. Esta circunstancia ha sido utilizada por las elites gobernantes en los países del sur del Mediterráneo, quienes sobre-enfatizan a ojos de los gobiernos europeos los riesgos derivados del eventual acceso al poder de los grupos radicales para así perpetuar sus propios privilegios y reclamar su pertenencia al campo “democrático” en el sentido de mantener una política exterior de corte pro-occidental. Los efectos de estas políticas han sido absolutamente contraproducentes. La represión de la oposición política, tolerada por Europa, y el desprecio por los derechos humanos no han hecho más que alentar sentimientos anti-occidentales y anti europeos, permitiendo que determinados grupos radicales subrayen la pobre credibilidad del discurso democrático impulsado desde el exterior.

En relación con el cuarto interés —evitar la proliferación de armas de destrucción masiva— las políticas europeas han subrayado la necesidad de que los países de la cuenca sur del Mediterráneo se adhieran a los acuerdos internacionales existentes. Sin embargo, no se ha definido una política clara de control de armamentos (limitación y/o reducción) ni de comercio de armamento. Hay cuatro argumentos que ayudan a explicar esta carencia: en primer lugar,

Europa, que opera en un marco institucional muy variado, posee mayor potencial militar que los países del sur; en segundo lugar, algunos de los mayores exportadores mundiales de armamento son países europeos; en tercer lugar, el dilema de seguridad entendido en términos de carrera de armamentos y el poder nacional basado en instrumentos propios de la alta política (el poderío militar) constituye un asunto que levanta susceptibilidades entre los países del sur; y en cuarto lugar, el fortalecimiento del rol internacional de Europa guarda relación con elementos propios del “poder duro”, es decir, con la mejora de sus capacidades militares y la reducción de su dependencia defensiva con respecto a los Estados Unidos.

## **EL MEDITERRÁNEO, ENTRE ESTADOS UNIDOS Y EUROPA**

A falta de una definición más concreta que la esbozada de intereses europeos en el Mediterráneo, las líneas de actuación más importantes de la política mediterránea de la Unión Europea se han articulado en torno a dos documentos: la Estrategia Común para la Región Mediterránea y la Iniciativa de los Nuevos Vecinos, en 2000 y 2003 respectivamente. Ambos documentos señalan como objetivos centrales: el diálogo regional y la promoción del desarrollo económico, (ambos incluidos en el proyecto de asociación euro-mediterránea, iniciado en 1995 y conocido como proceso de Barcelona), la solución del conflicto árabe-israelí y la solución pacífica de controversias (9).

El grado de satisfacción en el cumplimiento de esos objetivos es a todas luces muy pobre. No hay una única explicación para ello, pero uno de los elementos a considerar es el de la vinculación entre el proceso de paz de Oriente Medio y el proceso de Barcelona, en el entendimiento de que el éxito del proceso de paz es una condición indispensable para el fructífero desarrollo del diálogo regional. Europa asumió y aceptó que era Estados Unidos el facilitador más importante en el tema del proceso de paz, y limitó su papel al apoyo económico y financiero de la Autoridad Palestina, el apoyo al futuro estado palestino —mediante una tarea importante de construcción institucional “*institution building*”, y la promoción de la estabilidad regional y las soluciones multilaterales, un conjunto de temas que apunta claramente al futuro de la zona una vez se alcanzara la paz (una “*post-peace approach*”) (10).

- 
- (9) Véase MARTÍN ORTEGA, “*A new policy on the Mediterranean?*” en BATT, JUDY; LYNCH, DOV; MISSIROLI, ANTONIO; ORTEGA, MARTÍN; TRIANTAPHYLLOU, DIMITRIOS: “*Partners and neighbours: a CFSP for a wider Europe*”, Chaillot Papers n° 64, European Union Institute for Security Studies, Septiembre 2003, París.
- (10) Véase “*Estrategia común del Consejo Europeo para la Región Mediterránea*” de 19 de junio de 2000.

En los últimos años se ha podido constatar hasta qué punto las iniciativas europeas estaban supeditadas a la voluntad y habilidad negociadora estadounidense ante palestinos e israelíes. El poder estadounidense se ha mostrado muy limitado y poco proclive a forzar la voluntad negociadora de la parte más poderosa, Israel, especialmente desde que la situación degeneró en una crisis abierta tras el estallido de la segunda Intifada en septiembre de 2000. Por ello, el bloqueo de la paz y la subsiguiente escalada de violencia han tenido un efecto negativo en el diálogo regional auspiciado por la Unión Europea, especialmente en los temas políticos y de seguridad, viéndose la política europea atrapada por la política de Estados Unidos hacia Oriente Medio.

Para ensombrecer aún más los objetivos europeos, además de mostrar ineficacia en este tema, las decisiones estadounidenses de los últimos meses han provocado una grave situación de inestabilidad regional y una crisis todavía abierta en la relación con Europa y entre los propios europeos. La invasión de Iraq por Estados Unidos podría haberse relacionado lejanamente con el proceso de paz, ya que es plausible pensar que un sector de la administración estadounidense llegase a concebir que una solución militar para Iraq podía ser útil para imponer una solución a los palestinos. Lejos de ello, ni se ha solucionado este conflicto ni la paz en Iraq está próxima a alcanzarse.

Ello lleva a subrayar que la amplitud de intereses políticos, económicos y estratégicos de Estados Unidos en Oriente Medio mencionada en páginas precedentes no se ha visto acompañada de una política polivalente y multidireccional. Alejándose de la más matizada política de los primeros años de la década de los noventa, Estados Unidos ha practicado una política reactiva en la región, que ha abordado con menguados instrumentos políticos y el uso casi exclusivo del instrumento militar, sea directa o indirectamente.

La constancia de la aproximación estadounidense a lo largo de muchas décadas ha permitido integrar viejas y nuevas variables que refuerzan, de hecho, la mencionada visión. En primer lugar, el nuevo factor de proximidad —que al principio de este trabajo mencionábamos como diferenciador de las actitudes estadounidense y europea— se ha modificado tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Un Estados Unidos que ya no se percibe como santuario y se siente extremadamente vulnerable, ha establecido un nexo de unión entre la noción de régimen no amigo (u hostil) y radicalismo islámico (una ecuación conocida desde



tiempo atrás) y terrorismo y amenaza a su seguridad nacional (los elementos incorporados recientemente). Aparece, en consecuencia, una interdependencia negativa (intelectualmente mucho más aguda que la de la Unión Europea) con respecto a la región, pero que se salda con el impulso a utilizar el recurso en el que Estados Unidos es hegemónico —el poder duro—, a diferencia de la aproximación de la Unión Europea.

En segundo lugar, como se ha comentado, el interés estadounidense vinculado con el Mediterráneo constituye un conjunto amplio de temas de naturaleza política y de seguridad: prevenir el radicalismo islámico en sus variadas manifestaciones y colaborar con regímenes amigos en el área. No obstante, ese abanico de intereses utiliza unos instrumentos poco diversificados, muy concentrados en lo militar. La colaboración estadounidense con países del Mediterráneo, que tiene esencialmente una base bilateral, está fundamentalmente orientada hacia la ayuda y la cooperación militar. Tan sólo muy recientemente, en mayo de 2003, la actual administración Bush ha lanzado una iniciativa de cooperación regional más amplia, la *Middle East Partnership Initiative* (11). Estructurada en torno a cuatro pilares —económico, político, educativo y de la mujer—, que se integran en un paquete de ayuda de 100 millones de dólares para el año 2003, buena parte de sus proyectos, (como, por ejemplo, todos los relacionados con el fortalecimiento de la democracia) están todavía por concretar. Sin embargo, la iniciativa es cualitativa y cuantitativamente poco relevante comparada con el montante global de ayuda estadounidense para la región, que tal y como se puede apreciar en la tabla 1, tiene como destino —el 61% del total— proyectos de naturaleza militar. El destino de la ayuda se concentra en unos pocos países, constituyendo Israel y Egipto el 82% del total para el año 2002.

En tercer lugar, Estados Unidos mantiene efectivamente su interés económico en el petróleo de Oriente Medio, que se ha de entender en una doble clave doméstica y de poder en la economía internacional. Es éste un tema muchas veces minusvalorado debido al declive de la dependencia estadounidense del petróleo proveniente de esa región a favor del procedente de Venezuela, México o Canadá en épocas recientes. Es cierto que en el año 2001 el petróleo del Golfo Pérsico sólo representaba un 30% de las importaciones brutas estadounidenses de petróleo. No obstante, las proyecciones sobre el consumo estadounidense para el año 2020 (alrededor del 24% del consumo mundial diario) anuncian un incremento que, previsiblemente, aumentará la

---

(11) La “*Middle East Partnership Initiative*” fue esbozada por el Presidente Bush el 9 de mayo de 2003 en un discurso en la Universidad de Carolina del Sur. Los países incluidos en la misma son: Marruecos, Túnez, Argelia, Egipto, Arabia Saudita, Gaza y Cisjordania, Israel, Líbano, Yemen, Omán, Kuwait, Bahrein, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos.

dependencia estadounidense de las importaciones provenientes de los países del Golfo. Éstos, a su vez, deberán más que duplicar su producción para satisfacer no sólo la demanda estadounidense, sino la de los países industrializados asiáticos (Japón, Australia, Nueva Zelanda y China) y la de los del mundo en vías de desarrollo (12).

En cuarto lugar, Estados Unidos ha puesto punto final a su doctrina de contención en Oriente Medio para adoptar la ilegal doctrina de guerra preventiva (engañosamente denominada anticipativa —*preemptive*— por el gobierno estadounidense) (13) y formulada en el discurso del presidente Bush en West Point en junio de 2002 y en el documento de septiembre del mismo año “*National Security Strategy for the United States*” (14). Al margen de otras consideraciones (el desprecio por el derecho internacional y por los organismos responsables de la seguridad internacional y el rechazo al multilateralismo —creemos que coyuntural), la doctrina de guerra preventiva no viene acompañada de un diseño político global que se corresponda con las responsabilidades que tiene Estados Unidos hacia la región en cuestión y como primera potencia mundial. Pese a la retórica de los discursos, no parece que el motivo para iniciar la guerra contra Iraq haya sido otro que lo que Estados Unidos consideró una amenaza estratégica según la concepción de guerra preventiva realizada por la administración Bush (15). Es más, la doctrina de guerra preventiva puede incrementar el dilema de seguridad entre estados hostiles, animando a la carrera de armamentos en la región y diluyendo la distinción entre acciones defensivas y acciones ofensivas, que es central en el debate sobre la legitimidad del uso de la fuerza (16). Esta situación es especialmente preocupante puesto que Estados Unidos, liberado de

---

(12) Véase JAMES RUSSELL, “*Opus citat*”, mencionando datos del “*International Energy Outlook 2002*”.

(13) La guerra preventiva (*preventive war*) se refiere a un ataque premeditado de un estado contra otro estado que no está motivado por una acción agresiva del estado que está siendo atacado contra el estado que inicia el conflicto armado. A diferencia de lo anterior, el ataque anticipativo (*preemptive attack*) es lanzado sólo con posterioridad a que el estado que está siendo atacado haya bien iniciado o bien dado una clara indicación de que iniciará un ataque. Para la diferencia entre los conceptos, véase BERNARD BRODIE (1959) “*Strategy in the missile age*”. Princeton, Princeton University Press, p. 225 y 241.

(14) Como acertadamente señala CLYDE PRESTOWITZ, estos documentos atentan contra tres textos fundamentales que debieran ser considerados guías de política exterior: el Tratado de Westphalia de 1648, que asentó el principio de respeto por la soberanía nacional y la no interferencia en los asuntos internos de otros estados; la Carta de las Naciones Unidas, que prohíbe la amenaza o el uso de la fuerza salvo en caso de autodefensa o bajo el mandato del Consejo de Seguridad; y los Juicios de Nuremberg, que consideran el ataque anticipativo como crimen de guerra. Para estos comentarios, véase BRIAN URQUHART, “*World Order & Mr Bush*”, *The New York Review of Books*, vol. 50, nº 15, 9 de octubre de 2003.

(15) Para este punto es muy interesante un artículo de ROBERT KAGAN en el que se dan cuenta de las razones que motivan la guerra contra Iraq; el autor afirma que el motivo de la guerra no es democratizar Oriente Medio, ni aumentar las posibilidades de alcanzar una paz árabe-israelí, ni la percepción de que Saddam Hussein ordenara el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001, ni que fuera inminente un ataque nuclear iraquí, sino, por el contrario, la amenaza estratégica que representaba Iraq. Véase ROBERT KAGAN, “*Why we went to war*”, *The Weekly Standard*, 20 de octubre de 2003.

(16) Además de calificar la doctrina anticipativa de estratégicamente imprudente, IVO DAALDER subraya que asumiendo que la auto-defensa ahora incluye el ataque anticipativo, el gobierno estadounidense ha borrado

los constreñimientos propios de la bipolaridad, no ha de enfrentarse en la actualidad a una respuesta según el modelo tradicional de equilibrio de poder.

Este sombrío panorama reclama urgencia y reflexión. Como el caso de la guerra de Iraq (y de Afganistán) está demostrando, la fuerza militar puede derrumbar un régimen indeseado, pero ello no constituye una garantía de construcción de la paz en la posguerra. Es decir, el tema de fondo es como hacer de la región (y de su conexión hacia el Mediterráneo), sea Iraq o Palestina o Israel, una zona más libre y más segura, pero también más desarrollada, cuyos regímenes reflejen la voluntad de sus ciudadanos, en un marco regional estable y, por tanto, que integre las aspiraciones de las comunidades que lo habitan, todas ellas consideraciones escasamente elaboradas desde el diseño estadounidense.

La globalidad de la visión europea (la combinación de aspectos políticos, económicos y sociales) y la coherencia (frágil, en ocasiones) con los propios principios que han hecho posible la integración de Europa son un activo útil que Estados Unidos debiera considerar seriamente. En este sentido, la superación de la crisis en las relaciones entre Estados Unidos y Europa, surgida de la discrepancia de visiones en torno a la guerra de Iraq, es una condición necesaria para abordar los problemas de la región. Ambas potencias son complementarias, pero la división de tareas establecida *de facto* (Europa como símbolo del poder blando, y Estados Unidos como símbolo del poder duro) se ha convertido en los últimos tiempos en un esquema poco útil para abordar los problemas actuales y futuros de la región.

Posiblemente, una reflexión sobre lo anterior se convierte así en condición también necesaria para el proyecto mediterráneo de Europa, y debiera conducir a una revisión en profundidad de la estrategia europea, tanto en sus relaciones hacia la región como en lo referente a sus relaciones con Estados Unidos, sin que ello signifique que la solución a cómo provocar una modificación de la conducta estadounidense pueda ser la de provocar tensiones en el marco de seguridad transatlántico. De hecho, puede afirmarse que, sin ser coincidentes, los intereses europeos no son tan ajenos a los de Estados Unidos. Si ello es así, la preocupación compartida ha de ir acompañada de una acción política mucho mejor coordinada y de proyectos más

---

toda distinción entre los propósitos defensivos u ofensivos de la acción militar. Precisamente, la legitimidad del uso de la fuerza depende de manera crucial de un entendimiento claro y preciso de esa distinción. Véase IVO DAALDER, *"The use of force in a changing world. U.S. and European perspectives"*. Washington D.C., The Brookings Institution, November 2002, p. 9.

ambiciosos, tanto por lo que respecta a la relación con Estados Unidos cuanto por lo que se refiere al coro de voces con que se expresa Europa en su “política exterior”.

Llegados a este punto, es conveniente resaltar que esta reflexión guarda relación con la propia maduración del proyecto internacional de Europa. Existe un amplio consenso en señalar que el proceso de Barcelona habría de evidenciar una apuesta más clara por el desarrollo socio-económico y la seguridad suave, y a la vez abrirse a la influencia transatlántica, para superar división de tareas de facto. También, de manera más global, el debate que se apunta en estas páginas debería lanzar un mensaje menos equívoco respecto a los intereses que persigue Europa con su política exterior y de seguridad común, así como articular mecanismos efectivos para su desarrollo, incluyendo un elemento controvertido, como es el incremento de su poder duro *vis a vis* Estados Unidos en áreas relacionadas con la prevención y gestión de conflictos.

## BIBLIOGRAFÍA

- AJAMI, FOUAD: “*Dream Palace of the Arabs*”, Vintage Books, 1998, New York.
- BATT, JUDY; LYNCH, DOV; MISSIROLI, ANTONIO; ORTEGA, MARTÍN; TRIANTAPHYLLOU, DIMITRIOS: “*Partners and neighbours: a CFSP for a wider Europe*”, Chaillot Papers nº 64, European Union Institute for Security Studies, Septiembre 2003, París.
- BRODIE, BERNARD: “*Strategy in the missile age*”. Princeton University Press, 1959, Princeton.
- DAALDER, IVO: “*The use of force in a changing world. U.S. and European Perspectives*”, The Brookings Institution, Noviembre 2002, Washington D.C.
- “*Congressional Budget Justification. Foreign Operations. Fiscal Year 2004*”, (www.fas.org).
- IKENBERRY, G. JOHN: “*Strategic reactions to American pre-eminence: Great Power Politics and the age of unipolarity*”. National Intelligence Council-CIA Publications, 28 de Julio de 2003.
- KAGAN, ROBERT: “*Why we went to war*”, The Weekly Standard, 20 de octubre de 2003.
- LARRABEE, F. STEPHEN: “*The Middle East in the shadow of Afghanistan and Iraq*”, Conference Proceedings, RAND, 2003, Santa Mónica.
- ORTEGA, MARTÍN (Ed.): “*The European Union and the crisis in the Middle East*”, Chaillot Papers, nº 62, European Union Institute for Security Studies, Julio 2003, París.
- RUSSELL, JAMES A.: “*Searching for a post-Saddam regional security architecture*”, Middle East Review of International Affairs (MERIA) Journal, Vol. 7, nº 1, Marzo 2003.

URQUHART, BRIAN: “*World order & Mr Bush*”, The New York Review of Books, vol 50. nº 15, 9 de octubre de 2003.

VAN HEUVEN, MARTIN y TREVERTON, GREGORY F.: “*Europe and America. How will the United States adjust to the new Partnership?*”, RAND Issue Paper, 1998, Santa Mónica.

VASCONCELOS, ÁLVARO DE (coord.): “*A European strategic concept for the Mediterranean*”, Lumiar Papers, nº 9, Instituto de Estudos Estratégicos e Internacionais, Lisboa, Noviembre 2002.

ANEXOS

TABLA 1

OPERACIONES DE ESTADOS UNIDOS A PAÍSES MIEMBROS DEL PARTENARIADO EUROMEDITERRÁNEO  
(en miles de dólares)

Año Fiscal 2002 (en miles de dólares)	IMET (International Military Education and Training)	PL 480 Title II (Food for Peace. Development Programs)	ESF (Economic Support Fund)	FMF (Foreign Military Financing)	NADR (Non-Proliferation, Anti-terrorism, Demining, and Related Programs)	Peace Corps	DA (Development Assistance)	CSH (Child Survival and Health Programs Fund)	PKO (Peace Keeping Operations)	TOTAL
Argelia	67	2.009								2.076
Chipre			15.000		55					15.055
Egipto	1.217	3.839	655.000	1.300.000	50					1.960.106
Israel			720.000	2.040.000	28.000					2.788.000
Jordania	2.012		250.000	100.000	1.595	1.597				355.204
Líbano	568		35.000		1.200		600			37.368
Malta	295			1.000	119					1.414
Marruecos	1.041			3.500		2.718	5.766	4.600		17.625
Túnez	1.013			3.500						4.513
Turquía	2.756		200.000	48.000	2.200					252.956
Palestina			72.000							72.000
Middle East Partnership Initiative			200.000							200.000
Middle East Multilaterals			3.000							3.000
Middle East Regional Cooperation			5.000							5.000
Multinational Force Observers									16.015	16.015

<b>TOTAL</b>	<b>8.969</b>	<b>5.848</b>	<b>2.155.000</b>	<b>3.496.000</b>	<b>33.219</b>	<b>4.315</b>	<b>6.366</b>	<b>4.600</b>	<b>16.015</b>	<b>5.730.332</b>
--------------	--------------	--------------	------------------	------------------	---------------	--------------	--------------	--------------	---------------	------------------

Ayuda militar sobre el total (IMET+FMF) = 61%

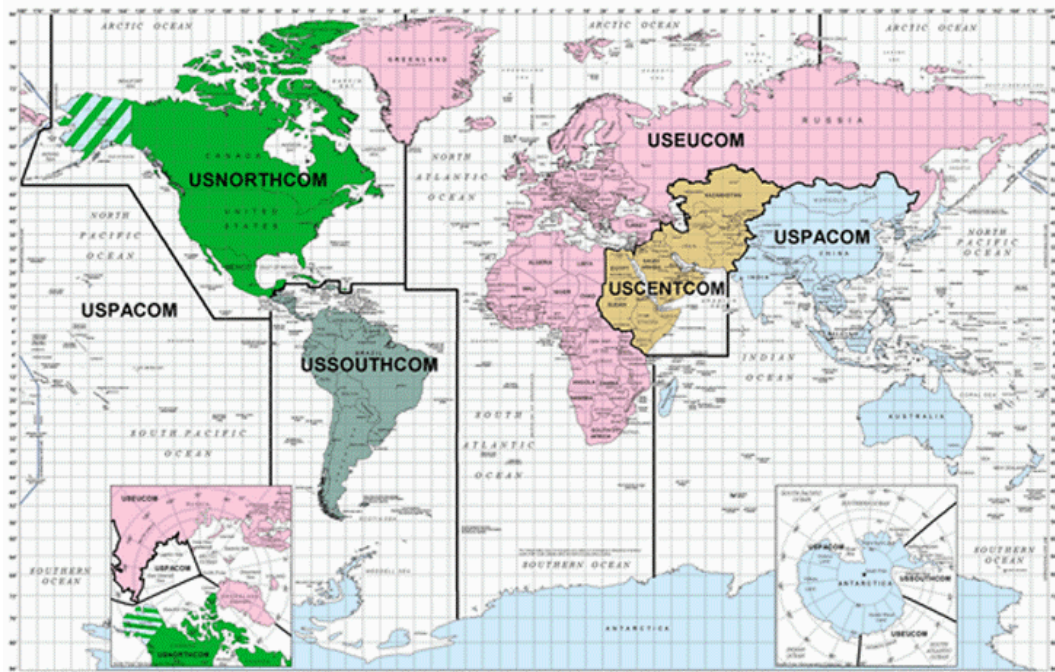
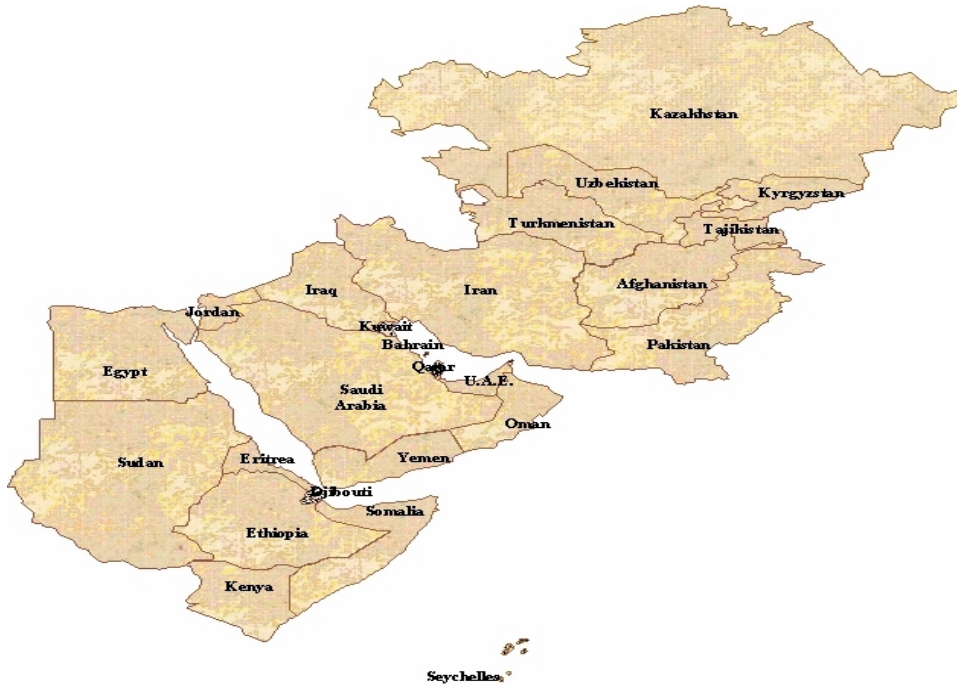
Ayuda a Egipto sobre el total = 34,2%

Ayuda a Israel sobre el total = 48,6%

Fuente: Elaboración propia a partir del “*Congressional Budget Justification. Foreign Operations. Fiscal Year 2004*”, ([www.fas.org](http://www.fas.org)).

## MAPAS 1 y 2

### ÁREAS DE RESPONSABILIDAD DEL MANDO CENTRAL DE ESTADOS UNIDOS (CENTCOM) Y DEL RESTO DE MANDOS



Fuente:

[www.centcom.mil](http://www.centcom.mil); [www.cdi.org](http://www.cdi.org)



**CAPÍTULO SEGUNDO**

**LA PAZ ÁRABE-ISRAELÍ, CLAVE DE LA  
SEGURIDAD EURO-MEDITERRÁNEA**